

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

EL BAUTISMO, SU PASCUA EN NOSOTROS
Introducción a los temas del curso 2023-2024

Dedicamos este año a estudiar el bautismo. ¿Por qué este tema ahora?

Lo pide la situación de la sociedad y de la Iglesia. Vivimos una crisis social de lo humano, en medio de una creciente secularización. ¿En qué consiste esta crisis de lo humano?

Por un lado, observamos una tendencia a reducir lo humano a lo animal. El hombre sería incluso un animal nocivo, pues pone en peligro el planeta. Muchos niños saldrán de las escuelas con un complejo nuevo: complejo de ser personas.

Por otro lado, hay otra amenaza que mira, no al animal, sino a la máquina. Se habla de un hombre nuevo o post-hombre. Será un ser humano diferente, potenciado por la electrónica y por las redes sociales. ¿Qué significarán en este nuevo entorno las clásicas prerrogativas humanas, como ser inteligente o ser libre?

De este modo, vemos que lo humano está amenazado, no porque desaparece, sino porque se diluye en lo animal y en lo maquinal. Si toda vida animal es digna, pierde peso la dignidad humana. Si el ChatGPT es inteligente, se deprecia la inteligencia personal.

Esta confusión llega también a la Iglesia, la cual, sin ser del mundo, vive en el mundo. Y muchos cristianos se preguntan: ¿no está anticuada la visión cristiana? ¿sigue siendo el Evangelio la guía para ser plenamente hombres? ¿no evolucionan los tiempos abriendo posibilidades inéditas, que Jesús no pudo haber previsto?

Nos preguntamos cómo vivir estas novedades. No basta enfrentarse a ellas, responder a sus equívocos. El cristiano no necesita vivir del enfrentamiento, porque tiene al alcance una fuente de vida, un surtidor de lo humano. En tiempos de persecución, podemos decir, siguiendo a san Ignacio de Antioquía, que la fe no se limita a rebatir los ataques, sino que vence mostrando su propia grandeza vital. El Evangelio es la única forma en que lo humano puede llegar a plenitud. Es necesario experimentar de nuevo la grandeza y belleza de vida que nos trae Cristo.

Aquí es donde entra el bautismo, porque el bautismo es el contacto de la vida de Cristo con la vida de cada hombre, donde Jesús nos comunica su forma de vivir lo humano. Como dice un antiguo escritor cristiano: al bautizarnos nos convertimos por fin en seres humanos completos y perfectos (Lactancio, *Instituciones* VII 5,22), porque nos asociamos a la muerte y resurrección de Jesús.



Este año vamos a explorar las distintas formas en que el bautismo nos dice qué es la vida humana y cómo llevarla a su plenitud grande y bella en Cristo. Además, del bautismo no brota solo la vida de cada uno, sino nuestra vida juntos: la vida de nuestra familia, de las Familias de Betania, de nuestras amistades, de nuestra sociedad, de la Iglesia.

Mes a mes enumeraremos los dones que componen el bautismo, para descubrir su riqueza y centrar desde ellos nuestra vida. Veremos una a una estas palabras: manantial, nombre, familia, corazón, regeneración, fruto, ciudad, madre y misión.

1. Octubre - Nacer de nuevo: el bautismo es tu MANANTIAL
2. Noviembre - Identidad del cristiano: el nuevo NOMBRE del bautismo
3. Diciembre - Bautismo: el don de una nueva FAMILIA
4. Enero - El CORAZÓN del bautizado: un afecto nuevo y un amor nuevo
5. Febrero (coincidiendo con el principio de la cuaresma) - Bautismo: baño de REGENERACIÓN
6. Marzo - Bautismo y FRUTO: para una vida fecunda
7. Abril - Bautizados: miembros de una nueva CIUDAD
8. Mayo - Bautismo en María: nueva MADRE
9. Junio - Expandir el bautismo: la MISIÓN

NACER DE NUEVO: EL BAUTISMO ES TU MANANTIAL

1) ¿CISTERNAS O MANANTIALES? BUSCANDO EL DESCANSO	3
2) EL BAUTISMO: VOLVER AL MANANTIAL	4
3) EL MANANTIAL DEL BAUTISMO: DEL DON AL FRUTO	5
4) CONCLUSIÓN - RESUMEN	7
5) PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO	7
6) PRÁCTICAS	7

Partimos de una pregunta importante este mes. ¿Con qué energía empezamos el curso? ¿Nos ha regenerado el verano? ¿O estamos ya agotados en la misma línea de salida?

La última alternativa es muy probable en nuestra sociedad, que el filósofo coreano Byung Chul-Han ha llamado “sociedad del cansancio”. Estamos siempre agotados, y esto no parece remediarlo todo el tiempo libre del mundo. De este cansancio nace también el cansancio por nuestros proyectos comunes, empezando por el proyecto de construir nuestra patria y una sociedad justa. ¿De dónde viene este cansancio?

Hoy nuestro agotamiento no se refiere tanto a lo que hacemos o proyectamos, sino a nuestros afectos. Lo que está fatigado en nuestra época emotivista es el corazón. Y no solo como el músculo que impulsa la sangre, sino como el símbolo del amor que impulsa toda la vida.

¿Y por qué no es tan fácil dar reposo a los afectos? El problema es que el corazón no descansa cuando se detiene, sino solo cuando encuentra su origen y su destino. Sin origen ni destino gira sobre sí mismo y acaba cansado, aunque el giro sea lento. ¿Qué descansa y regenera, entonces, al corazón y, desde él, a toda nuestra vida?

1) ¿Cisternas o manantiales? Buscando el descanso

Ayuda distinguir entre dos tipos de descanso. Imaginemos alguien que camina por un desierto bajo un sol ciego. Puede soñar con una gran cisterna de agua que sacie su sed. O puede desear un manantial de agua viva. Los dos le darán descanso, pero de forma distinta.

Nos atrae la cisterna, pues en ella el agua está bajo nuestro control. Sabemos lo que hay. Depende solo de nosotros administrarlo. Ahora bien, por otro lado, el agua se va gastando poco a poco. Así que en cuanto empezamos a beber estamos ya pensando que va quedando menos, y eso nos preocupa. Se nos quita la sed, pero no descansa el corazón, angustiado ya por el futuro. Como antes decíamos, el corazón solo descansa cuando tiene horizonte. Su medida es más grande que él mismo. Por eso no nos bastan las cisternas.

¿Y el manantial? El manantial no podemos controlarlo como la cisterna, ni medir lo que tiene o saber si en un momento dado se agotará. Es precisa la confianza en su caudal. Por otro la medida del manantial no somos nosotros mismos y nuestras necesidades, sino una sobreabundancia que nos desborda, que procede de más hondo y nos lleva más lejos. Precisamente al hablarnos de un origen y un destino, el manantial ofrece descanso al corazón.



Pensemos ahora dónde buscamos descanso y energía en nuestra vida: ¿en las cisternas o en los manantiales? Algunos modos de reposar son claras cisternas, que nos encierran en nosotros mismos. Así, para descargar ansiedad, hay quien come ansiosamente, otros se sumergen en internet, otros se escapan el fin de semana. Así el deseo se satisface por un tiempo, pero porque le cortamos las alas. Y al final este descanso nos cansa más.

¿Hay en nuestra vida, no solo cisternas, sino también manantiales? Todos hemos experimentado la presencia de personas que emanan paz y fuerza. Estar con ellas es acercarse a una fuente fresca de la que se puede beber en abundancia. Nuestro deseo no solo se sacia, sino que se transforma, encauzándose a una meta que lo plenifica.

Esto sucede también con grupos de personas, que abren como un oasis en torno ellos: puede ser nuestra familia, un grupo de amigos, nuestras Familias de Betania... Además, compartir la vida con estas personas multiplica los manantiales en nuestra vida: una excursión juntos a la naturaleza, una película vista y comentada con otros, una comida para celebrar, un trabajo que nos apasiona porque enriquece el bien común... todo esto puede convertirse en manantial, donde experimentamos la fuerza de nuestro origen y destino.

Ahora bien, también puede pasarnos que el trato con esas personas manantial acabemos transformándolo nosotros en cisterna. Nos ocurre con nuestro marido o mujer, con nuestros hijos... Muchas veces buscamos en ellos solo colmar nuestro deseo, según nuestra propia medida. Y al cabo nos desilusionan y les desilusionamos.

Aquí está la razón de nuestra “sociedad del cansancio”. Buscamos solo un consuelo para nuestras emociones. Pero las emociones, por sí mismas, nos recluyen en nosotros mismos, no nos indican ningún camino. Y al beber de las cisternas, salimos con una sed mayor que la que teníamos. ¿Cómo podemos escapar de este círculo vicioso?

Por nosotros mismos es imposible que los manantiales vuelvan a dar agua. Pues todo manantial escapa de nuestras manos, al brotar de más allá. Precisamente es aquí donde se sitúa el don del bautismo. El efecto del bautismo consiste en recuperar los manantiales y en acrecentar su caudal. Para el bautizado ya no hay cisternas, todo vuelve a ser fuente viva. ¿Cómo sucede esto?

2) *El bautismo: volver al manantial*

Escuchemos la Palabra de Dios que nos trae luz. Es un episodio que nos narra san Juan (Jn 7,37-40). Ocurre en el día más solemne de la fiesta de las Tiendas, cuando Israel recuerda su peregrinación por el desierto. Jesús discute con los judíos en la explanada del Templo. Ellos dudan de que Jesús sea el Mesías, porque del Mesías no se conocerá el origen, mientras que, como todos saben, Jesús viene de Nazaret. Pero, ¿es esto tan sencillo?

Jesús alude entonces a un origen que los judíos no conocen. Su verdadero origen está en Dios su Padre. El Padre es el manantial que el pueblo abandonó en el desierto, como dice Jeremías: “me abandonaron a mí, manantial de aguas vivas, y se construyeron cisternas, cisternas agrietadas incapaces de contener agua” (Jer 2,13). Y este manantial mana abundantemente en su Hijo Jesús.



Cristo apunta así al Padre, manantial primero de donde viene toda agua fresca. Los manantiales de nuestra vida no manan desde sí mismos. Para poder descansar en ellos necesitamos abrirlos más allá de sí, al manantial inagotable de Dios. De otro modo se transforman en cisternas. Esta era la experiencia de san Agustín cuando escribió: “nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti” (*Confesiones* I 1).

Surge entonces la pregunta. ¿Y cómo hacer que Dios sea el manantial de mi vida? ¿No está demasiado elevado? ¿Y, además, no nos hemos alejado nosotros de él, rechazándolo?

Para responder, Jesús se sitúa en medio de la explanada del Templo, donde se colocaban durante la fiesta grandes recipientes de agua, recordando el agua que Israel buscaba en el desierto. Y en medio de estos recipientes o cisternas grita: “el que tenga sed que venga a mí y beba, el que cree en mí; como dice la Escritura: de sus entrañas manarán ríos de agua viva” (*Jn 7,37-38*). San Juan aclara: “dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en Él” (*Jn 7,39*). Y comenta: “Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado” (*Jn 7,39*).

Todo esto significa lo siguiente: Jesús va a culminar su obra en su muerte y resurrección, para que el manantial del Padre inunde toda su vida. Entonces el Hijo será glorificado, es decir, lleno plenamente del Espíritu del Padre en toda su humanidad. En ese momento se abrirá su corazón como un manantial para que su agua llegue a los creyentes. De este modo el agua del manantial nos manará filtrada por la vida de Jesús, una vida como la nuestra, y podremos asimilar esta agua.

Desde aquí entendemos qué es el bautismo. Hemos visto antes que para encontrar manantiales en nuestra vida es necesario volver al gran manantial, al Padre Dios. Pero ese manantial parece muy lejano y difícil de encontrar en medio de nuestra vida ajetreada. Pues bien, Jesús se ha hecho carne y ha amado con un corazón humano, para que ese manantial pueda brotar en medio de nuestros deseos y afectos. Eso es el bautismo.

Por tanto, en el bautismo el manantial de Dios se hace cercano, brota dentro de nuestro corazón, dentro del amor a nuestra familia y amigos, en medio de nuestro trabajo y descanso, de las luchas y alegrías. Al bautizarnos, no es solo que nos toquen unas pocas gotas de agua, sino que se nos implanta un manantial en el corazón, es decir, en medio de todas nuestras relaciones vitales. El bautizado puede abandonar las cisternas rotas y encontrar su vida llena de manantiales que le regeneran. Veamos las consecuencias que esto tiene en nuestra vida.

3) *El manantial del bautismo: del don al fruto*

Para entender cómo el bautismo llena nuestra vida de manantiales hemos de entender cómo fluye el manantial. La clave del manantial es que fluye siempre desde los dones recibidos hasta los frutos que esos dones pueden dar cuando los acogemos y cultivamos. Solo si entendemos esta lógica del manantial, que va del don al fruto, podemos retomar fuerzas cada día, cada semana, cada curso.

Veámoslo. La lógica del don significa reconocer los dones que hay en nuestra vida. La pregunta central deja de ser: ¿quién soy? o ¿quién quiero ser? o ¿cómo puedo realizarme? Y pasa a ser: ¿qué dones me han sido confiados? Y



también: ¿qué dones nos han sido confiados juntos, como matrimonio, como familia, como familia de familias en la Iglesia...?

Además, en cuanto reconocemos los dones, entendemos que nos superan, pues no manan solo de nosotros. Y esto implica que, al acoger estos dones, nos hacen crecer, pueden dar más de sí, dar fruto abundante. La pregunta continúa: ¿qué fruto estoy llamado a dar con los dones que me han sido confiados?

Pues bien, este dinamismo del don al fruto es el que el bautismo realiza en nosotros. Nosotros, por el pecado, éramos incapaces de reconocer los dones que nos preceden desde Dios. Y por tanto se nos cerraba el horizonte futuro, porque no podíamos ver ninguna fecundidad. Todo era para nosotros cisterna agrietada.

Por el bautismo viene una novedad. El bautismo se ha llamado “iluminación” porque gracias a Él se nos abren los ojos para reconocer el manantial de los dones y para ver también qué fruto prometen esos dones. Por eso dice santo Tomás de Aquino que un efecto del bautismo es la fecundidad.

Gracias al bautismo nace una mirada nueva sobre nuestra vida. Al mirar a nuestro marido o mujer, a nuestro hermano o amigo, a nuestros hijos e hijas... ya no lo hacemos para saciar en ellos nuestro afecto, como si fueran cisternas. Ahora los descubrimos como manantiales, preguntándonos que don nos es confiado en ellos y escuchando la llamada a cultivar ese don.

Desde el bautismo miramos a nuestro matrimonio: ¿qué dones hemos recibido juntos y cómo llevarlos a madurez? Desde el bautismo miramos a la sexualidad, no como una cisterna para satisfacer un deseo, sino como manantial para poder donarnos más y donar vida. Desde el bautismo miramos a nuestros hijos: se nos han confiados para que, con gratitud, les hagamos fructificar para Dios.

Y también miramos desde el bautismo a todo este curso que empieza: ¿qué dones nuevos y qué frutos esperamos dar con ellos? Y miramos a Familias de Betania. Dios ha puesto en nuestra “familia de familias” dones para nosotros y, al reconocerlos, surge el deseo: ¿cómo hacerlos fructificar este año?

Como vemos, el bautismo supone una revelación de Dios como fuente de dones fecundos, es decir, como Padre. Por eso se compara con un nacimiento. Así lo dice Jesús a Nicodemo: “el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3,5). Y también san Pedro: “nos ha regenerado para una esperanza viva” (1Pe 1,4). Y San Pablo llama al bautismo “el baño del nuevo nacimiento y de la renovación del Espíritu Santo” (Tit 3,5).

Para cultivar esta relación con Dios como manantial ayuda una forma concreta de rezar: la *adoración*. A Dios podemos dirigir oraciones de *petición*, cuando necesitamos un don concreto. Y también oraciones de *acción de gracias* por cada don concreto que nos ha dado. Lo propio de la *adoración* es que no se fija en un don concreto. Al adorar miramos a Dios como manantial de todo bien, y hacia quien todo fructifica. Si ante un don la respuesta adecuada es el asombro, la adoración es el asombro ante Dios mismo como fuente de todos los dones. El tiempo más apropiado para adorar es el amanecer y el anoecer, justamente cuando comienza y termina la vida, símbolo de que todo viene de Dios y da fruto en Él.

Además, dado que Dios reparte sus dones a través de las relaciones que nos unen, es preciso también *adorar juntos*: como matrimonio, como familia, como familias de Betania. Pues al adorar juntos reconocemos el manantial que brota en nuestra unión misma. Y empezamos a tratarnos unos a otros, no como cisternas agrietadas, sino como manantiales que renuevan.

4) Conclusión - resumen

Hemos partido del deseo de restaurar nuestras energías después del descanso del verano. ¡Qué necesario es en una sociedad cansada, en una Iglesia cansada! Distinguíamos entre “descansos - cisterna” y “descansos - manantiales”. Solo en el manantial encontramos reposo y fuerzas renovadas, porque nuestra mirada se abre más allá de nosotros, hacia el origen y el destino. En nuestra vida hay muchos manantiales: nuestra familia, matrimonio, amigos, nuestro trabajo por un bien común... Pero estos manantiales no pueden manar si no brota en medio de ellos el manantial primero, que es el Creador, fuente de todos los dones. Este es el gran regalo del bautismo: gracias a Cristo, recibimos en nuestro corazón el manantial de donde vienen todos los dones y gracias al cual germinan en fruto. Cultivar el bautismo es aprender a reconocer los dones que Dios nos ha confiado - especialmente en las personas cercanas - y hacer que fructifiquen. En el bautizado se cumple plenamente lo que dice la Escritura: “Cuida de tu corazón, porque de él manan las fuentes de la vida” (*Prov 4,23*).

5) Preguntas para el diálogo

1- ¿Qué descansos encuentro en mi vida? ¿Qué significa ver en mi esposo o esposa, en mis hijos, en mi trabajo, en mis amigos una cisterna o un manantial? ¿Cómo nos ayuda el bautismo a cambiar nuestra mirada?

2- ¿Qué prácticas pueden ayudarnos a mirar a nuestra vida desde la lógica de dones y frutos? ¿Cómo cambia esta mirada del don al fruto nuestra forma de descansar juntos, de celebrar juntos, de emprender juntos una misión, de perdonarnos, de educar a nuestros hijos?

3- ¿Qué formas podemos proponer para adorar juntos como familia, y como Familias de Betania, reconociendo así la fuente que brota cuando compartimos nuestra vida? ¿Cómo podemos participar mejor como equipo en los retiros mensuales?

4- El manantial se estanca si no fluye: ¿qué misión matrimonial y familiar en Familias de Betania permite que nuestro manantial mane para otros?

6) Prácticas

Para este mes proponemos renovar dos prácticas de oración.

Por la noche el *memorare*. Basta que sea breve, puede durar incluso dos minutos. Recordemos sus tres pasos sencillos: *mirada a lo alto, mirada atrás, mirada adelante*. Repasémoslos: a) mirada a Dios agradeciendo sus dones; b) mirada al día de hoy para ver cómo he colaborado con estos dones confiados por Dios; c) mirada al día de mañana imaginándolo y viendo cómo voy a dar más fruto.



Por la mañana el *ofrecimiento de obras*. Podemos decir el del “Apostolado de la oración” (copiado abajo). Tiene la ventaja de que no empieza por lo que nosotros damos a Dios. La primera petición del día es: “ven para que podamos ofrecernos”. Y solamente después, cuando el Espíritu nos inflama, añadimos: “me consagro a tu Corazón”. Así el día no empieza por nuestro don a Dios, empieza por el don que Dios nos hace a nosotros. Y nos consagramos a su corazón para que esa semilla que Él ha plantado crezca hacia Él llena de fruto.

*Ven Espíritu Santo
inflama nuestros corazones
en las ansias redentoras del Corazón de Cristo
para que ofrezcamos de veras
nuestras personas y obras
en unión con Él
por la redención del mundo*

*Señor mío y Dios mío Jesucristo
Por el Corazón Inmaculado de María
me consagro a tu Corazón
y me ofrezco contigo al Padre
en tu Santo Sacrificio del altar
con mi oración y mi trabajo
sufrimientos y alegrías de hoy
en reparación de nuestros pecados
y para que venga a nosotros tu Reino.*

*Te pido en especial
Por el Papa y sus intenciones
Por nuestro Obispo y sus intenciones
Por nuestro Párroco y sus intenciones
Por los Discípulos y sus intenciones*